

BLANCANIEVES EN NEW YORK

Natasha Sagardía Beltrán de Heredia
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Y Blanquita cayó en la trampa. Se acercó al vendedor ambulante palestino que, con un suéter deshilachado Calvin Klein y la mirada centrada en el almíbar, introducía manzana tras manzana en el dulce y las caramelizaba. Ella, más curiosa que famélica, le pidió que le vendiera una. Blancanieves abrió la boca grande, con ganas de llenarla de dulce y arenosa fruta, y le dio un mordisco con gula y, ¡Vaya dulce suerte! En el bocado se llevó un diente enredado.

El diente quedó pegado como estaca en el centro del pecho, entre la capa del almíbar caramelizado y la pulpa de la manzana. Blanquita, algo desconcertada, comprobó con su índice derecho que su incisivo frontal superior izquierdo, ya no estaba. Nuevamente abrió la boca grandota, ahora llena de enojo y frustración,

- ¡Me cago en usted y en la manzana! - le expulsó al vendedor.
- Señora Nieves... No se caga donde se come, usted ya debería saber eso hace rato - Le respondió el vendedor que ya la conocía.

Blanca que ya no era tan blanca, más bien colorada, pues su rostro parecía arder y las venas en sus sienes latían fuerte; cambiando de color verde a violeta, convirtiéndose casi en várices. Con los ojos llenos de sangre amontonada y los labios fruncidos de rabia, miró al vendedor.

- ¿Qué se supone que haga yo ahora con el vacío que usted me ha vendido?
- ¡Vaya por ahí! - le dijo el vendedor.
- Por ahí ... ¿dónde? - contestó blanquita, ahora mellada y colorada.
- Vaya a ver quién se lo compra, o tal vez, y con suerte, encuentre como llenarlo usted misma entre azúcar y rabia.

Blancanieves retiró el diente de la manzana e intentó rengancharlo en la encía que ahora sangraba. En el fondo ya sabía que el vacío no podía llenarse. Había superado la ingenuidad de los dientes de leche y ahora comprobaba, desde el dictamen marcial de los definitivos, que los dientes son como las capas que amortiguan el mordisco del amor. Algunos duros como caramelo y otros de consistencia arenosa. Todos igual de dispuestos a ser probados desde la curiosidad del bocado y el riesgo de sabor a vacío.